

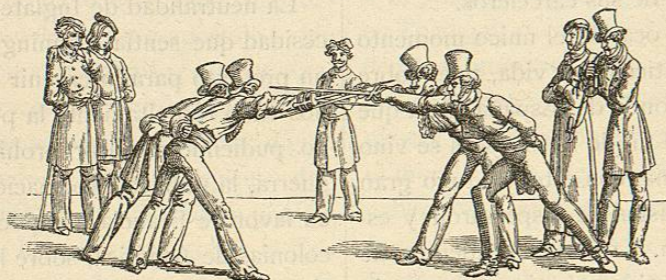
Canning á un hombre de Estado destinado á influir en el mundo y á asegurar el predominio y el progreso de Inglaterra, porque la política en los pueblos septentrionales, rara vez movida por sentimientos generosos, confía en el tiempo y lee en el porvenir con mayor seguridad que la política de los pueblos meridionales.

Canning, sin embargo, nunca pudo ser popular en Europa, y solo los ingleses pueden estar satisfechos de su política cuando, cruzados de brazos du-

rante los sucesos á los que podrían imprimir otra dirección, se limitan á restregarse las manos de contento al final, diciendo que aquel final lo tenían ya previsto.

Inglaterra, durante todo ese período de luchas y de martirios para alcanzar el régimen político que ella disfrutaba, demostró hasta dónde llega la insensibilidad británica.

Nosotros no creemos que lo hayan olvidado los pueblos de Europa.



Desafío entre estudiantes alemanes



## CAPITULO XVII

### INSURRECCIÓN Y REGENERACIÓN DE GRECIA

El reino de España y el imperio otomano.—Situación política de Turquía.—Condición de los rayas.—Los cristianos latinos se interesan por la suerte de los griegos.—Los cristianos griegos de Rusia se interesan por la suerte de sus correligionarios de Oriente.—Ensayos de reformas en Turquía.—Usurpadores musulmanes.—Pasvan Oglou y los dehis de Servia.—Alí-Pachá de Janina.—Mehmet-Alí.—Los vahabitas.—Los montenegrinos.—Los suliotes.—Los serbios.—Los principados danubianos.—Konstantinos Ypsilantis.—Los Armatolos griegos.—Vuelos de la prosperidad material.—Reacción de la prosperidad material sobre la cultura intelectual.—Centro patriótico del helenismo científico.—El filohelenismo antes de la insurrección.—La cuestión de origen.—Carácter moral del pueblo griego.—Los griegos esperan obtener de nuevo socorros de Rusia.—La hetairia.—Alí-Pachá nombrado firmanli por la Puerta.—Alejandro Ypsilantis á la cabeza de la hetairia.—Ypsilantis en la Rusia meridional.—Insurrección en Valaquia.—Ypsilantis en Valaquia.—Relaciones de los insurgentes con Rusia.—La catástrofe en Valaquia.—La catástrofe en Moldavia.—Fin de Georgakis.



OMPLÁCESE Gervinius en un paralelo sobre la grandeza y decadencia de España y de Turquía que no tiene significación alguna. Que no se olvidó la católica España en medio de su grandeza y de la conquista de América del progreso de Turquía, aquí están para demostrarlo las empresas de Carlos I contra Africa y la batalla de Lepanto que destruyó para siempre el poderío marítimo de Turquía. Fueron otras potencias las que se olvidaron de su deber de potencias cristianas y católicas, que de haber hecho todas lo que sólo España hizo, esa tremenda cuestión de Oriente que á todas horas amenaza la paz general de Europa, haría siglos que estuviera resuelta.

Gervinius no ve cuan lleno de inexactitudes está su paralelo. No está Inglaterra con España, como Rusia con Turquía en los pasados tiempos. Rusia interviene siempre que Austria se agita; Inglaterra no se agita cuando interviene Francia en España. Es Francia la que se convierte en nuestra jurada enemiga porque la tenemos rodeada. Francia quiere

romper el círculo que hemos trazado á su alrededor con nuestras armadas, con el Milanesado, el Franco Condado, Flandes y Bélgica. ¿Pero á qué insistir? Si entrambas penínsulas aparecieron grandes á un tiempo, y á un tiempo se presentan decadentes, á lo menos no se dirá que España haya tenido necesidad como Turquía del extranjero para conservar su independencia; y no es esto sólo; aún hoy se escribe que Europa debió muchísimo más al heroísmo de los españoles que á la tenacidad de los ingleses; el resultado de la guerra de la Independencia de España contra Napoleon, y la Independencia de Europa.

Apoyándose la gloria y el poderío turco en la espada militar y en las predicaciones de sus sacerdotes, al plegar el pueblo osmanlí las banderas de su religión intolerante, dejaba indefenso el guion de sus generales. Por fortuna Turquía había podido ganar mucho durante los siglos XV y XVI, y por mucha prisa que se diera en gastar lo que había ganado, había de pasar siglos antes no se viera arruina-

da; por esto sus sultanes, faltos ya de ideales que no han sabido buscar en Asia y en Africa, en donde estaba si es que ya no está, el porvenir de Turquía, trocaron la vida del campamento por la vida del serrano, en donde tan lamentables y vergonzosas tragedias, dignas sólo de otras edades, hemos presenciado en nuestros días.

Sin freno ni ley el poder de los sultanes, rodeados de enemigos íntimos nacidos en el propio seno de su familia, todo se halla allí á la merced del capricho de los funcionarios públicos, desde el sultán al último kadi. Sultanes, grandes visires, pachás, voivodas, ayans, agas, kadís, todos se conducen con la misma arbitrariedad y con tal que den gusto y sirvan bien y lealmente á sus superiores, pueden estar seguros de que nadie se ha de meter con ellos.

Ha durado tanto casi incólume la Turquía Europea, porque los pueblos que sometió á su servidumbre en Europa eran pueblos tan anárquicos y tan mal gobernados como ella. Esos pueblos sucumbieron unos tras otros de una manera más ó menos brillante ó digna, y esos pueblos al renacer, gracias al esfuerzo de Europa, no se han presentado todavía á la altura que había de significar su protesta por la libertad é independencia perdidas.

Por fortuna esos pueblos, cristianos todos ellos, han sido dominados por un pueblo que no siente la fiebre del proselitismo. De haber los turcos, como los españoles y los alemanes con su orden teutónica, de lo que se olvidan los que nos acusan de haber jurado aniquilar á los sarracenos, de haber procedido los turcos como los españoles y los alemanes, y haber obligado á los cristianos que sometieron á ser verdaderos ismaelitas ó á emigrar, Turquía no hubiera conservado su enemigo en casa, no hubieran sido los hijos de la confusión de los dos pueblos, como los criollos españoles en América, como acertadamente dice ahora Gervinius, los que primero se levantaron contra el despotismo de los que habiendo podido aniquilarles como hacen piadosamente los filántropos norteamericanos en los Estados-Unidos con los indios, les concedieron el derecho á la vida, y los trataron peor ó mejor según las circunstancias.

Si con estas condiciones Turquía ha subsistido y ha podido demostrar una cohesión en las luchas supremas por su existencia en este siglo que ha sorprendido á Europa, esto se debe á que los rayas sometidos han ido despertando unos tras otros, y luego á la inmensa, á la gran libertad municipal de Turquía, que sus admiradores y amigos han señalado como uno de sus elementos de regeneración.

Esta libertad no ha de sorprendernos. Turquía ó los turcos han estado como acampados, durante siglos, en las penínsulas de los Balkanes y en Grecia; pero no han querido descender hasta el municipio para evitarse disgustos y trabajos. En los municipios hay que trabajar, hay que recoger los impuestos, hay que distribuirlos, pues esto que se lo dispongan á su gusto los conquistados, el turco es el señor que cobra, el raya es su administrador y colono. De aquí el despotismo de su gobierno del que decía lord Strangford al explicar la insurrección de Grecia, «que era de tradición, que, lejos del centro del gobierno, los caprichos de los funcionarios se sustituyeran á la ley,» y Odysews explicaba al mundo á dónde llegaban esos caprichos en su célebre carta á Mehmet-Pachá de 27 de Noviembre de 1822.

«La insurrección,—decía,—la han provocado las crueldades y las injusticias cometidas á espaldas del gobierno, por los visires, voivodas, kadís y los bou-loukbachis, quienes cierran el libro de Mahoma para abrir el suyo; quienes violan á toda mujer si así es de su agrado; quienes decapitan á todos los mercaderes ricos para apoderarse de su fortuna, quienes, en fin, permiten á todos los vagabundos el asesinar impunemente á todos los griegos respetables que encuentran en los caminos.»

¿Y cómo se defendieron de estas acusaciones los ministros turcos? Pues confesando que bien podrían ser verdad en todas sus partes, pero que el orden religioso y político del país impedían reformar tales abusos, pues sería muy difícil tocarlos sin hacer caer al mismo tiempo la ley y las costumbres.

«Caos de inconsecuencias,» era la frase que empleaban los diplomáticos europeos para explicar el estado político de Turquía, cuyo despotismo se defendía comparándolo con el de Rusia, al que se decía llevaba ventajas, porque era un despotismo salvaje, natural, con arranques buenos y malos, mientras que en Rusia el despotismo era sistemático é irritante por su impasibilidad y frialdad.

Hubiera podido Turquía regenerarse á tiempo, de haber abierto la administración y gobierno lo mismo que las filas de su ejército á los cristianos, pero aquí la religión y la costumbre cerraban el paso y los cristianos debían continuar distinguiéndose de los musulmanes por el color de sus trajes en las calles y en los pueblos por el color de sus casas.

Sólo se acudía á los rayas, que así les llamaban los musulmanes para ofenderles, pues dicho nombre significa «rebaño,» «manada,» cuando se trataba de organizar una escuadra, pues el turco no podía comprender cómo se podía estar «á sotavento» ó á

«barlovento,» ó bien cuando se quería combatir á unos cristianos con otros, ó cuando se les llevaba á los jenzaros en cierto número y proporción para hacer más terrible ese cuerpo.

La libertad religiosa en un principio absoluta, luego reglamentada, y por fin puesta á contribución, si salvaba los fueros de la conciencia ofendía por lo que tenía de pagada, y las iglesias no se veían mejor tratadas que los labradores turcos cuando se trataba de la percepción de los impuestos.

Desde los mismos días de la caída de Constantinopla puede decirse que empezó la simpatía de Europa por los griegos oprimidos por Turquía. El gran vuelo que tomó en el Renacimiento el estudio de la antigüedad clásica despertó esas simpatías, y á no ser porque durante dicho período Turquía fué gobernada por sultanes de alma y de buen temple, es seguro que una nueva cruzada hubiera emancipado á los que aún hablaban la lengua de Homero y de Platón.

Fué, pues, el filehelenismo del clero latino, un sentimiento propio de la gente sabia, erudita y culta, y esta simpatía apoyándose en principios elevados, mantenía en las esferas gubernamentales de todos los países un ardiente deseo de emancipar á los griegos á la primera ocasión que se presentase.

Pero los tiempos no favorecieron tales intenciones durante los siglos XVI, XVII y XVIII, y cuando esto se presentó factible á últimos del siglo pasado, ya la cuestión se presentó involucrada con la tremenda cuestión á la que debe la podrida Turquía continuar ocupando un puesto en Europa.

Cierto que desde un principio la cuestión de Oriente presentó rasgos parecidos á los actuales, pero no es menos cierto que, de haberse podido atacar entonces la solución, hubiera sido más fácil. El Papa que se oponía á la restauración del imperio bizantino en 1461, prefiriendo que en los Balkanes se estableciera la Iglesia mahometana ortodoxa, antes que consentir en que reapareciera poderosa como antes la cristiana-griega, se hubiera contentado con continuar llamando hereje al patriarca de Constantinopla, mientras éste por su parte le hubiera devuelto la palabra. Las pretensiones de ser-vios, rumanos, búlgaros, albaneses, griegos, hubieran podido concertarse como se han concertado ya en gran parte en nuestros días, pero entonces no había una Inglaterra que viera en la posesión de Constantinopla, el triunfo de los que tarde ó temprano los expulsaran del Ganges. Lo que sí es cierto, es, que las rivalidades de las potencias que querían sacar raja de la destrucción del imperio bizantino

hicieron que fracasasen los esfuerzos hechos por venecianos y españoles, hasta el punto de que fueran las galeras pontificias las primeras que después de Lepanto volvieron sus proas al Occidente, dejando abandonado el empeño que á Lepanto les había traído.

Pío II, de haber vivido lo que los patriarcas diluvianos, hubiera deplorado su ceguera y su iracundia al ver que la Iglesia que creía muerta con la conquista de Constantinopla, había resucitado y crecido con sin igual pujanza en las desoladas estepas de Rusia.

Griegos en religión los rusos, su simpatía por los griegos oprimidos en Turquía, era una simpatía más viva, más intensa que la de los cristianos latinos, era una simpatía de correligionarios, una simpatía fraternal que había de mantener vivísimo el sentimiento de protesta y el deseo de correr á todas horas á libertar de su condición de parias á sus hermanos.

Así, tan pronto los cristianos griegos de Rusia constituyen una nación, su jefe los arrastra ya contra esa opresora Turquía, pero también desde ese primer momento, Austria, que teme por su seguridad si Rusia levanta el imperio de Oriente, se hace la protectora nada desinteresada de Turquía, que pocos años antes había llegado hasta las murallas de Viena, de donde la arrojaron los generosos polacos. Pedro I el Grande, de Rusia, hubo pues, de atender á la vez á Constantinopla y á Viena, que pretendía ser ella la que beneficiara de la expulsión de los turcos de Europa.

Rusia no era bastante fuerte á últimos del siglo XVII para desafiar á la vez al emperador de los romanos y al de los osmanlis, pero Rusia fijó en estos días el fin de su política exterior al cual han permanecido fieles todos los tsares que ya han emancipado á todos los pueblos cristianos del valle del Danubio.

Pedro I, á su primera guerra que terminó con la paz de Carlowitz,—1699,—que señaló para Turquía la hora de su ruina y que llevó á sus águilas al mar de Azov, respondió con su segunda campaña de 1711 que hubiera podido ser la última de Rusia, si los turcos hubieran siquiera entrevisto que su enemigo implacable había de ser Rusia. Pedro, que se había aventurado á una atrevida campaña para expulsar á los turcos del mar Negro y de Crimea, creyó que los rayas se levantarían al llamarlos él á la guerra, pero los rayas estuvieron quietos, y Pedro pudo estimarse feliz al escapar de su aventura con la restitución de sus conquistas en el mar de Azov.

Rusia se concentró por algún tiempo, y dirigió su

vista á Polonia y entró en el concierto de Prusia y Austria para destruir y repartirse ese reino en lo que le favoreció la suerte más que á sus aliados, pero Rusia no podía olvidar su mar de Azov y allí voló de nuevo al ver otra vez enzarzados á turcos y austriacos. Pero tampoco la suerte le fué propicia, y la tsarina Catalina tuvo que ver como los turcos destruían é incendiaban su armada y batían á sus regimientos á pesar de los triunfos y habilidad de su general Munich.

Eran los tártaros, los cosacos, los que no querían ser rusos, cuando tan cercano estaba ya el tiempo en que el cosaco había de ser para Europa el repre-

sentante genuino de Rusia, como lo es el ulhano de Prusia.

Dicho se está que tantos contratiempos no hicieron más que irritar á los rusos, mientras del otro lado daban á los cristianos sometidos á Turquía, la seguridad de que Rusia no cesaba en sus propósitos de emanciparlos á pesar de la poca voluntad que ponían por su parte, pero este convencimiento fué haciendo su camino y la agitación para la emancipación por primera vez se organizó como preparatoria de una nueva campaña. Fueron los condes Orlov quienes hicieron entrar á Rusia por este camino; y Papadopoulos el primer griego,—de Laris-



Bajo-relieve del monumento de Beuth von Kis, en Berlín (obra de Fr. Drake)

sa,—quien secundó á los Orlov; á Papadopoulos se unió el monje Sthephano y mientras este ponía en conmoción á la Servia y á la Croacia, Papadopoulos recorría con más ó menos éxito las costas del Adriático, de Thesalia y la Morea, llamando á los griegos á las armas.

Estalló la guerra que fué larga y porfiada, con varia suerte para las armas de uno y otro país. La armada rusa, guiada por Orlov, apareció en las costas de Morea. Morea se agitó pero nada más, y la escuadra rusa no sacó de esta campaña más gloria que la de haber destruído á la armada turca. Por tierra los rusos, aseguraron la conquista de Crimea, pero en el Danubio no consiguieron tomar pié; al hacerse la paz, rendidos los dos imperios de fatiga, Rusia solo había conseguido restablecer la casi autonomía de Moldavia y Valaquia sobre las que la Puerta, señora de los dichos principados, reconocía un cierto protectorado á Rusia, de cuya concesión salía ochenta años más tarde la guerra que había de tener fatalísimas consecuencias para Turquía á pesar de haber vencido con sus aliados en Silistria y Sebastopol.

Durante esta campaña Voltaire, el amigo de Ca-

talina, llamó á los cristianos todos en socorro de la Semíramis del Norte, pero los cristianos de Europa no hicieron caso de ese nuevo Pedro el ermitaño, y Turquía se salvó.

Había la sublevación de Morea demostrado á Turquía que en Grecia podía encontrar Rusia un aliado poderoso y Turquía un enemigo implacable á sus espaldas: así, para impedir la repetición de tales concordias, lanzó Turquía sobre la pobre Grecia á los indómitos salvajes albaneses que la trataron durante nueve años como á un país sometido, entregado á su arbitrariedad ó capricho. Al saberse esto por los demás rayas, el terror y el pánico se apoderó de ellos, principiando de nuevo las grandes conversiones de cristianos al mahometismo que eran nulas desde los días de Pedro el Grande de Rusia.

Las crueldades de Turquía que Rusia no podía contener ni reprimir, dieron por resultado el que los griegos perdieran su confianza en los tsares y recordaran lo que había pasado en Morea en 1770. Entonces recordaron que Andronitos de Lokris llegaba del continente á Morea, para presenciar como los rusos la abandonaban fugitivos. Entonces recordaron sus hazañas y las del pirata Lampso-

Kanzonis y se dijeron que las montañas patrias y el mar patrio les eran más fieles que el extranjero y se organizó el partido nacional, el partido de la regeneración que ponía todas sus esperanzas en el entusiasmo de la juventud por la antigua y gloriosa patria perdida, madre de la civilización europea.

Turquía, sin embargo, había comprendido que era necesario ponerse al nivel de los progresos de Europa para poder defenderse de los Estados cristianos que continuamente la acechaban y el sultán Selim emprendió resueltamente la obra de la transformación de Turquía, cuando la revolución francesa estalló, poniéndolo todo en conmoción y

encendiendo nuevas guerras, de las que ya hemos hablado, todas desgraciadas para Turquía que tuvo que combatir á la vez á rusos y á ingleses aliados, que estas sorpresas preparan muchas veces las enconadas pasiones de los hombres.

Pero lo que era más fatal por el momento á Turquía eran los hechos de osados jefes de partidas, que se creaban aquí y allá principados casi independientes, quebrantando así la densa cohesión de la península balcánica que había hasta aquí resistido al esfuerzo de los austriacos y de los rusos.

Pasvan Oglov, hijo de Pasman Omar decapitado en 1791 por la Puerta por haberse querido sustraer á su autoridad, se levantó para vengar á su



Bajo-relieve del monumento de Beuth von Kis, en Berlín (obra de Fr. Drake)

padre, y ayudado del partido reaccionario y de los jenízaros, porque Pasvan Oglov denunció las reformas de Selim, consiguió sobre las tropas del sultán más de un triunfo que le aseguraron la posesión de Vidin, en donde el sultán le dejó como su señor,—1798.

Licenciado el ejército de Pasvan Oglov regresaron los jenízaros á Belgrado, y tomando Achmed el título de dey, expulsó de Belgrado á su pachá venerado por los servios como su providencia, dividiendo con tres compañeros, que igualmente tomaron el título de dey, el mando y gobierno del país, reduciendo á la miseria al pobre pueblo, que tuvo desde entonces que pagar doble contribución á los turcos sus señores de derecho, y á sus deys sus señores de hecho. El sultán no hizo más que amenazar, pero sus amenazas sólo daban por resultado que los deys de Belgrado acentuaran su tiranía logrando con ella llevar á la desesperación á los pobres y abandonados servios,—1804.

A la vez que estos Alí-Pachá de Janina había logrado fundar en Albania otro reino, poco menos que independiente, hasta el extremo de que con él se entendieron franceses, ingleses y rusos.

Alí había subido de los oficios más humildes al palichato de Janina en 1788, que le constituía en señor del Epiro. Ya en esta posición principió á tratar por igual á cristianos y musulmanes; y como si estuviera por conquistar el país de su mando, á los pueblos vecinos los iba sometiendo á su autoridad como sino tuvieran autoridad propia. Siendo á sus proyectos un obstáculo el pachalik de Delvino lo mismo que el pachalik de Berat, quiso someterlos de un modo ú otro á su gobierno; así principió por pedir á éste la mano de su hija con la que creía llegaría á heredar aquel mando, pero habiéndosela negado, pidió y obtuvo la mano de la hija del de Delvino. Mas conviniéndole deshacerse de su suegro cuanto antes, lo denunció á la Puerta como un rebelde, encendiéndose desde este momento un odio á muerte entre suegro y yerno.

Pero las mayores dificultades que encontraba Alí no prevenían de los dichos pachaliks sino de las tribus independientes de los chimaristas y souliotas que no veían sin temor los progresos de Alí, y de su resolución de llegar á la costa que ellos vigilaban, lo que consiguió á la caída de Venecia en 1798, pues los venecianos hacía tiempo que seguían los pasos